

fuertes, de tibios en fervorosos, de meticulosos en valientes y osados! Mira ya á José y Nicodemus bajando de la cruz con la más profunda reverencia el sagrado cuerpo de su Maestro, y poniéndolo en los brazos de su Madre; mira á esta Señora abrazada á los pies, y á Juan besando reverente la llaga del costado. ¡Oh, si supiéramos imitar á todos estos ilustres personajes! ¿Honramos á Jesús trabajando mucho y ofreciéndole excelentes obras? ¿Procuramos deponer el miedo á los respetos humanos en tratándose de su divino servicio? ¿Somos generosos para con el Señor, honrándole con las cosas más ricas que poseemos? Reflexionemos bien sobre todo esto, y si nos hallamos defectuosos, formemos propósitos, pidamos gracias, y conociendo las necesidades que nos rodean, con fervientes coloquios supliquemos el remedio de ellas.

70.—ENTIERRO Y SEPULTURA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º Ungido el cuerpo de Jesús, fué llevado al sepulcro en donde le colocaron, cerrándolo después con una piedra.

PRELUDIO 2.º Representate todo este suceso como si lo presenciaras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la piedad de los santos varones que sepultan el cuerpo de Jesús.

Punto 1.º Tomando José y Nicodemus el cuerpo de Jesús, le ungieron y amortajaron.—Considera cómo, después que la Virgen Santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, dióle á José y Nicodemus para que hiciesen su ministerio, quedándose ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas. Tomaron el santo cuerpo estos varones, y ungiéronle con la mirra, gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella, para significar que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fué concebido hasta que espiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones, para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupción de la culpa al que quisiese unirse con ella; y porque el número de ciento significa perfección, por estas cien libras nos da á entender que nuestra mortificación ha de ser muy perfecta y acabada en todo género de virtud, como fué la suya, conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares¹, que las manos y dedos de la esposa estaban llenos de mirra escogidísima, significando con esto que los que se unen con Cristo por amor han de traer siempre en su cuerpo, como el Apóstol², la mortificación de Cristo Jesús. Hecha esta unción, envolvieron el sagrado cuerpo

¹ Cant., v, 5. — ² II Cor., iv, 10.

con la sábana limpia y nueva, y la sagrada cabeza con un sudario, según era costumbre; y tanto la sábana como el sudario y la mirra con que fué unguido, como también el sepulcro en que fué enterrado, todo fué ajeno y prestado, ó dado á Jesucristo de limosna, disponiéndolo así el Señor, para darnos ejemplo de amor á la pobreza. ¡Oh Virgen sacratísima! ¡Qué dolor sentiría vuestro Corazón, viendo cubierto el rostro en que deseabais mirar más que los ángeles del cielo! ¡Oh rostro más puro que el sol! ¿Quién os ha cubierto con la nube de esa mortaja? ¡Oh Adán celestial! ¿Quién os ha vestido con piel de animales muertos? Vuestra caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adán terreno, y para quitar de por medio la nube de nuestros pecados, que nos impiden ver vuestro divino rostro. ¿Qué hacemos nosotros para librarnos de ellos? ¿Ungimos nuestra alma con la mortificación? ¿Somos generosos con Dios dándole lo que nos pide?

Punto 2.º Llevan el cuerpo de Cristo al sepulcro.—Considera cómo, luego que aquellos santos varones hubieron amortajado el cuerpo de Jesucristo, es de creer que le pondrían en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar á los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irían llorando con la Madre del difunto, que lloraba como la viuda de Naím¹ á su hijo único que había muerto en la flor de la edad: Mas á esta desconsolada Madre no le salió al encuentro, como á aquella, el Señor para decirle: «No quieras llorar». No vino á tocar con su omnipotente mano las andas y á mandar con imperiosa voz al muerto que estaba en ellas que se levantase para entregarlo á su madre. Era necesario que este divino Jonás entrase en el vientre de la ballena² y quedase sepultado en él tres días primero que saliese vivo y glorioso. Pondera luego, como piamente puede creerse, que los coros de los ángeles se dividirían en dos partes, y una parte iría acompañando al alma de Cristo nuestro Señor, y la otra vendría acompañando este divino cuerpo unido con la divinidad, para honrarle como convenía, cumpliendo lo que estaba escrito: «Que el sepulcro de este Señor sería glorioso», por concurrir muchas cosas que le honraron en la sepultura, y una de ellas fué la compañía de estos ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías³: «Que los ángeles de la paz lloraban amargamente», no porque de verdad llorasen, sino porque si fuesen capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar. ¡Oh ángeles de paz! Alcanzadme que lllore con amargura la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazón acompañe á los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura que mueva á todos á llorar. ¡Oh alma mía! Acompaña con compasiva amargura á esta Madre desolada que

¹ Luc., vii, 13. — ² Jonae, ii, 1. — ³ Isai., xxxiii, 7.

ve llevar á su Hijo al sepulcro. ¿No has sido tú la causa de su tristeza? ¿No has aumentado sus dolores con la ingratitud? ¿Qué debes hacer para consolarla?

Punto 3.º *Jesús fué sepultado en un sepulcro nuevo.*—Cerca del lugar donde Jesús fué crucificado había un huerto, y en él estaba un sepulcro nuevo, cavado en la peña, donde ninguno había sido enterrado; allí pusieron el cuerpo de Jesús, y José puso una gran piedra á la puerta del sepulcro ¹. Considera sobre esto las propiedades del sepulcro que Cristo escogió para sí, tomándosele á José, que le había labrado. La primera, estaba en un huerto; porque como el primer Adán pecó en un huerto, y allí incurrió en la pena de muerte, quiso el segundo Adán llorar este pecado en otro huerto, y en otro ser sepultado, para librarle del pecado y de la muerte. La segunda, era nuevo, porque siendo este Señor el nuevo Adán y hombre nuevo, no había de escoger para su cuerpo sino sepulcro nuevo; así como cuando entró en el mundo escogió para su cuerpo el seno de la Virgen, que era como sepulcro, pero nuevo, en quien ninguno había sido puesto, porque siempre fué Virgen, huerto cerrado ², y morada de sólo Cristo, en quien no tuvo parte su esposo José, como ni estotro la tuvo en el sepulcro que para sí había labrado. La tercera, estaba cavado en piedra ó peña, á fuerza de picos que la hendieron, para significar qué había de ser sepultado en él la piedra viva Cristo, labrado con picos de trabajos. En este sepulcro pusieron aquel santísimo cuerpo de Jesús, humillándose el que está sobre los cielos á ser puesto debajo la tierra entre los muertos. «Pusiéronme, dice por David ³, en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte». Esto ordenó el Señor para librarnos del lago inferior del infierno, de las tinieblas de la ignorancia y de la sombra de la muerte, que es el pecado, porque consigo sepultó los vicios del mundo, para que en virtud de su muerte quedasen muertos para siempre. ¡Oh sepulcro de Dios! Verdaderamente eres glorioso ⁴, porque dentro de ti encierras al que es resplandor del Eterno Padre, gloria de los ángeles, honra del mundo, salud y vida de los hombres. Libradnos, ¡oh divino Jesús!, por este sepulcro del obscuro lago del infierno, y de la mortal sombra del pecado; admitidnos dentro de él, para que muramos y seamos sepultados por el que lo fué por nosotros ⁵. ¿Deseamos imitar la humillación de Jesús? ¿Le ofrecemos en la comunión nuestro corazón como sepulcro nuevo ó renovado?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán extremada es la pobreza de Cristo! Para envolver su cuerpo no tiene una sábana, y para cubrir su cabeza carece de un pobre sudario; por lo cual todo

¹ Marc. , xv, 46; Joan. , xix, 41. — ² Cant. , iv, 12. — ³ Psalm. lxxxvii, 7.
⁴ Isai. , xi, 10. — ⁵ Rom. , vi, 4.

ha de ser de limosna: la sábana en que es envuelto, la mirra con que es ungido, el sudario que cubre su cabeza y el sepulcro en que es enterrado. ¡Con qué devoción tan generosa y con qué caridad tan espléndida ungen los dos santos varones y honran al cuerpo de su divino Maestro! No sienten gastar en él las cien libras de unguento que han traído, hasta dejarle del todo empapado. Contempla ya la devota y fúnebre procesión que forman los ángeles del cielo, los piadosos varones que llevan las andas y las devotas mujeres que le van acompañando, y rodeando y consolando á su afligida Madre. Únete en espíritu con esta triste procesión, llorando, ya las penas y muerte de Jesús, ya la desolación de su Madre, ya, sobre todo, los pecados que cometiste, que fueron parte de la causa de procesión tan lastimosa. Por fin, Jesús es sepultado en un huerto, y en un sepulcro nuevo y cavado á fuerza de picos; humillándose hasta las inferiores partes de la tierra, para elevarse después hasta lo más empinado del cielo. ¿Deseamos nosotros seguir á Cristo en la gloria? ¿Procuramos imitarle en la pobreza, humildad y demás virtudes? ¿Cómo, cuándo y en qué cosas podemos y debemos imitarle? Meditémoslo con reflexión; y, resueltos á hacerlo, propongamos muy particularmente lo que nos conviene evitar y practicar; oremos con grande fervor, pidiendo la gracia que nos es necesaria para cumplir nuestros propósitos, y un eficaz socorro en todas nuestras necesidades.